

Junto a estos movimientos generalizados, se registran huelgas «articuladas» (esto es, «cíclicas») en numerosas empresas industriales, así como también huelgas regionales.

¿De dónde proviene todo este formidable empuje de agitación social? Los acuerdos firmados, en 1969, por los sindicatos, después del «otoño caliente», contenían cláusulas muy favorables a los asalariados. ¿Es que éstos esperan obtener todavía más? En cierto sentido, sí. Pero lo que ante todo pretenden es consolidar sus posiciones ya conquistadas. Los acuerdos de 1969 conciernen, esencialmente, a la metalurgia, la química y las industrias textiles. Pero ocurre que los trabajadores de las otras ramas de la producción intentan beneficiarse de las mismas ventajas.

Luego están las dificultades planteadas por la aplicación en cada empresa, metalúrgica, textil o química, de los acuerdos de 1969. Ciertos patronos se han prestado a aplicar, bastante rápidamente, las disposiciones concernientes a la reducción de la jornada de trabajo; otros piden dilaciones y chocan, en este punto, con las exigencias de los trabajadores.

Y ahí están, por fin, los efectos psicológicos de las victorias logradas en aquel otoño. El movimiento obrero ha tomado conciencia de su fuerza y se fija objetivos cada día más ambiciosos. Las huelgas se plantean no sólo sobre la problemática de las reivindicaciones, sino también sobre la de reformas más profundas. A este propósito, un plan acaba de ser establecido por las tres grandes centrales sindicalistas (C.G.I.L., C.I.S.L., U.I.L.). Plan que abarca tanto lo fiscal como la salud, la vivienda como los transportes escolares. No es la primera vez que los sindicatos rebasan su tradicional campo, pero es la primera en que han sido llevados a discusión frente al gobierno, y al más alto nivel de un conjunto de preceptos que, hasta hace poco tiempo, eran de la exclusiva competencia de los partidos.

Estas discusiones tienen pocas posibilidades de lograr sus propósitos, al menos a corto plazo. En efecto, las elecciones municipales, provinciales y regionales tendrán lugar el 7 de junio próximo. El Gobierno no quiere enfrentarse a los sindicatos antes de esta fecha, y éstos, por su parte, tampoco están dispuestos a ofrecer pruebas de buena voluntad al Gabinete Rumor. Sin embargo, las huelgas no dejarán de hacer sentir su influencia en las próximas elecciones y, a su vez, el resultado de éstas condicionará la evolución de las luchas sociales. ¿Serán las elecciones de Italia

Moda y sociedad

LA «MAXI»: UN FRACASO PROVISIONAL



La "maxi" no ha cuajado como algunos esperaban. No ha servido más que para provocar el mal humor en las familias ("con estos vestidos largos me parece a mi maestra de párvulos, a la loca de Chaillot, a la que reparte los reclinatorios en la iglesia") y, como consecuencia, también en las "boutiques". Los creadores de modas creían que una vez que cuatro o cinco señoras de la "buena sociedad" se dedicasen por la "maxi", las demás las seguirían como ovejas. Pero no. Si se exceptúa a las jóvenes, a las que siempre atraen las novedades (y que aunque se tapen las piernas tienen otras cosas con que atraer, la cara, los pechos, el cuello), las demás, las menos jóvenes, siguen dudando: ¿para qué gastar en algo que las envejece y que quizá no dure mucho?

EL JUEGO DE SIEMPRE.—Pero es que esto de la "maxi" no constituye tampoco ninguna novedad, se trata del juego de siempre: acortar, alargar, acortar de nuevo, y así sucesivamente. ¿No se alargaron los vestidos después de 1925, para acortarse cuando llegó la penuria de la guerra, para volver a dilatarse en todos los sentidos cuando el "new look", antes de que Courrèges volviese a acortarlos para llegar a la longitud actual en espera de un nuevo tijeretazo? El problema de la mayor o menor longitud de los vestidos está siendo actualmente objeto de discusión por parte de diversas comisiones internacionales.

LA MINIFALDA Y EL SEXO.—Por ejemplo en París, donde para hablar de este tema se han dado cita los centros de moda de trece países, y

donde ha prevalecido la opinión de que, por lo menos durante todo el setenta, las mujeres seguirán llevando faldas cortas.

Al mismo tiempo, la Federación francesa de industrias femeninas ha gastado un total de cincuenta mil dólares en publicidad en prensa, radio y TV a favor de la falda corta. "Recuerden que, en el verano, el adorno más bonito de la mujer es la pierna", declaman los "slogans" destinados sobre todo a favorecer a los minoristas y a agotar los remanentes de vestidos cortos almacenados desde hace seis o siete meses. Lo mismo ocurre en Estados Unidos, donde mediante la publicidad se está tratando de convencer a la mujer para que no abandone la falda corta, "que tanto la ha rejuvenecido, dándole una cierta efervescencia". Y para vender, muchos no han dudado en recurrir a la política, alegando que las faldas siempre se han alargado en las épocas de crisis políticas y sociales. Es, pues, preciso que aquéllas se acorten. Sólo así se impedirá que Nixon termine por perder la cabeza.

Los adversarios de la minifalda, a su vez, echan también mano a la política a la hora de exponer sus razones: la "mini" debe morir, se lee a veces en las paredes, la falda corta siempre ha llevado a la guerra. Aparte de esto, continúa la propaganda anti-minifalda, ¿no os habéis dado cuenta de que la "mini" puede ser uno de los factores que más han contribuido al aumento de los delitos sexuales? Esto es lo que ha decidido el Instituto de Estudios Sociales de Hollywood después de someter un cuestionario a un total de

ciento cuarenta y tres oficiales de la policía de cincuenta Estados: las faldas demasiado cortas provocan actos inconsiderados en los muchachos emocionalmente inmaduros.

Pero, arguyen los del grupo opuesto, ¿no os dais cuenta que con el alargamiento de los vestidos se encarece el precio de los mismos?

Porque con la "maxi" las proporciones cambian necesariamente, y mientras en la "mini" bastaba una sola costura o un elástico en la cintura, la confección de la "maxi" es bastante más complicada.

A PESAR DE TODO, INEVITABLE.—A pesar de todo, es inevitable un progresivo alargamiento de la falda. Y no sólo entre las señoras de mediana edad, sino también entre las jóvenes.

Pero no basta con ponerse una prenda larga: tienen que cambiar una serie de cosas. Basta con el pelo largo y liso que tan bien iba con la "maxi": basta con aquel aire de kindergarten totalmente despersonalizado, basta la ausencia de maquillaje justificada por el pelo largo que se comía el rostro ocultándolo. Tiene que comenzar un proceso de embellecimiento artificial. Tienen que volver las uñas rojas de los años cincuenta, la espalda se hará más cuadrada, la cintura subirá, se resaltarán más los pechos. Y en cuanto al pelo, no creo que vuelva el moño: da un aspecto de maestra de pueblo. ¿Y las ondas? Recuerdan demasiado los años treinta, muy explotados ya. Por su parte, los tacones volverán a ser altos.

Las maduras, sobre todo, se alegrarán de esta nueva moda. ■ CAMILLA CEDERNA.